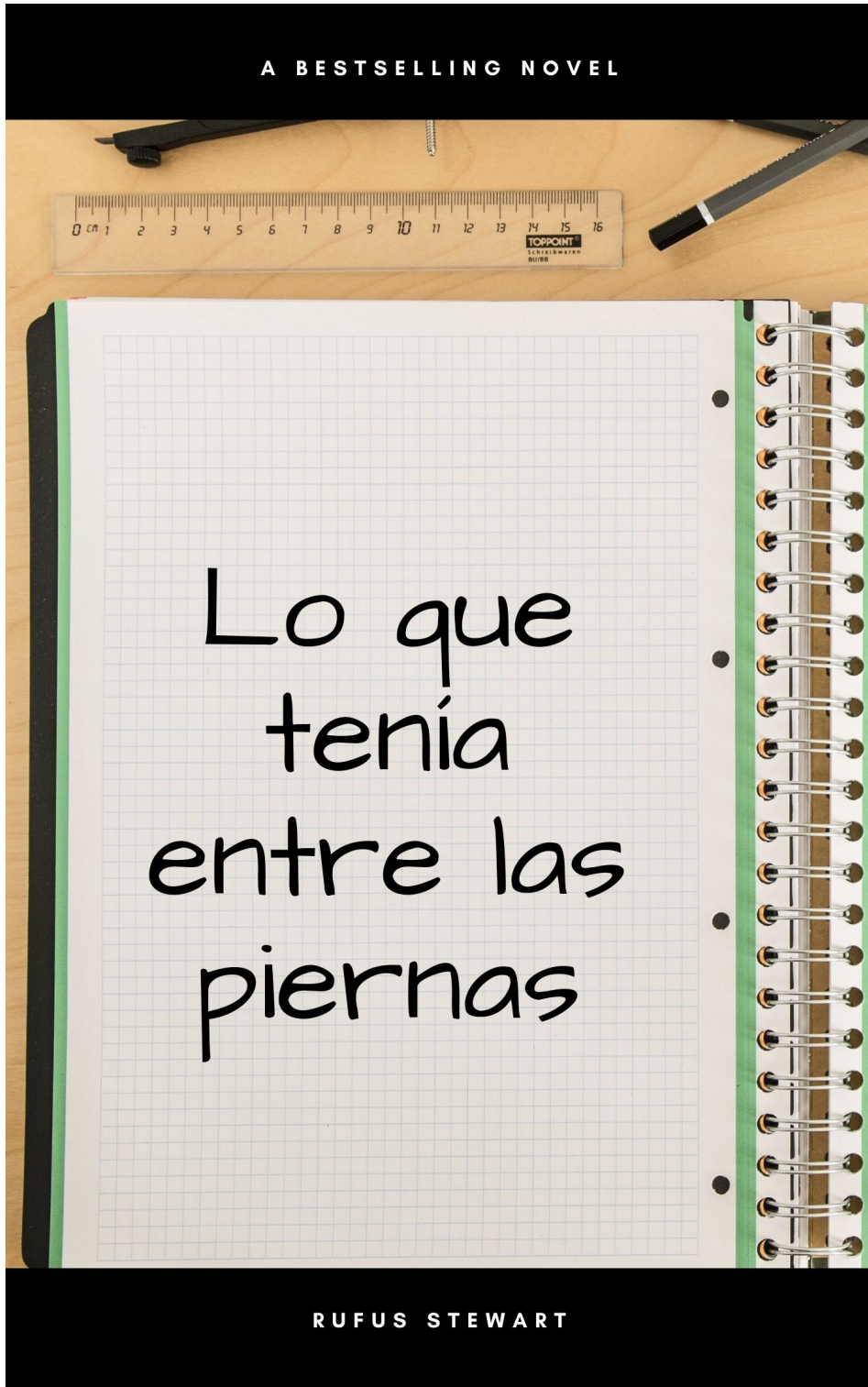


Algo que tenía entre las piernas

Marlowe



Capítulo 1

Era el día más importante de su vida; al menos, desde que se enteró de que tenía un grave desperfecto en su cuerpo y que hoy posiblemente daría fin a su sufrimiento, tanto físico como mental, que lo había llevado casi al borde de la depresión. Previamente se había duchado y limpiado con especial cuidado aquella *parte* que sería operada, para así no encontrarse en ninguna situación bochornosa con el cirujano a la hora de quitarse la ropa; y terminado el trabajo, aunque muy agotador, estaba especialmente contento con el resultado porque le abrigó la seguridad de que nunca nadie había tenido aquella parte de su cuerpo tan limpia como la suya. Luego se vistió, llamó a su padre por teléfono y quedó en encontrarse con él a las afueras de la clínica para que lo acompañara en toda esta travesía que al principio lo había aterrorizado; y luego, resignado.

Cuando llegó a la clínica al atardecer encontró a su padre degustando de un exquisito hot dog. Se lo había comprado a un señor con delantal que tenía su puesto a una esquina de la clínica, y el solo verlo masticar le produjo, sin razón alguna, angustia.

-¿Estás preparado? -preguntó su padre, al ver el rostro pálido de su hijo-. No me digas que...

-Estoy listo, papá-respondió él, dando a su tono de voz toda la convicción que le fue posible. No quería dar marcha atrás y que su padre pensara que era un cobarde.

-Podemos dejarlo para otro día, si quieres-sugirió.

-¿Para aplazarlo así toda la vida?-se mostró molesto, como si hubiera dicho un disparate, y esto enorgulleció profundamente a su padre- ¡Ni pensarlo! Vamos, entremos, y terminemos esto de una vez por todas.

Entraron. Aquella tarde el vestíbulo estaba saturado de una inusual cantidad de gente que esperaba ser atendida. En la recepción, a pesar suyo y a gusto de su padre, tuvo que brindar los datos de su operación a una señorita de uniforme blanco que en todo momento no dejó de sonreírle al saber su destino; y casi sintió que el mundo se le venía abajo cuando esta le dijo a modo de despedida: "Buena suerte"

Mientras esperaban sentados a que llegara su turno, preguntó a su padre:

-¿Me atenderá un cirujano?

El padre miró severamente a su hijo.

-¿Qué quieres? ¿Que te atienda un hombre o una mujer?

El chico se ruborizó al comprender el significado de esa pregunta y a duras penas carraspeó:

-Una mujer, claro está. Pero ¿qué tiene que ver esa pregunta? Yo solo pregunté, nada más...

Una señorita de bata azul salió de la puerta del consultorio. Enseguida miró su libreta y llamó:

-ADOLFO RODRIGUEZ. REPITO. ADOLFO RODRIGUEZ.

-Anda, te llaman. Y no tengas miedo-le habló su padre.

Para envalentonarlo le dio un golpecito en la espalda y este salió disparado como un bala. Una bala que temblaba y a veces despistaba. Pero llegó a ponerse de pie frente a la señorita de bata azul que le llamaba.

-Soy yo-dijo.

La mujer lo estuvo mirando durante un momento, hasta que Adolfo comprendió que debía darle la boleta que le había dado la recepcionista.

-Circuncisión, vaya-dijo dirigiéndole una sonrisa malévola al chico-. Bueno, entremos.

-¿Qué me van a hacer primeramente?

-Te pondremos anestesia. Luego te llevaremos a la sala de operaciones.

-¿Va a doler mucho?

-Muchísimo, cariño.

Y en verdad dolió. Le inyectaron la anestesia en la espalda, en la parte lumbar, y luego, aletargado, con los sentidos torpes, fue semiconsciente de que lo llevaban en camilla por un pasillo lleno de luces, y que luego ingresaba a una habitación grande y resplandeciente. El intenso olor a desinfectante le embotó el sentido del olfato y durante un rato todo quedó en suspenso; le llegó al oído breves conversaciones, entre hombres y mujeres, y quiso levantar la cabeza para ver quiénes le operarían. Pero no pudo; sentía que le pesaba mucho la cabeza como una roca. Deseó

dormir, pero la anestesia lo impedía, así como le impedía salir de ahí porque empezaba a asustarle la manera como se manejaban las cosas allí dentro. Parecía que lo habían abandonado en aquella sala remota, desnudo de la mitad para abajo solo para burlarse.

Solo pudo divagar y padecer breves instante de miedo y zozobra. Hasta que una voz le habló al oído.

-Creo que ya estás listo para la operación. Dime, ¿sientes esto?

No sintió nada, pero tuvo la intuición de que le tocaban los muslos interiores. Meneó la cabeza a modo de respuesta.

-Bien. Eso quiere decir que estamos listos.

Era una doctora. Le había hablado muy dulce y Adolfo se sintió reconfortado, aunque la angustia de lo que le pasaría no le dejaba en paz.

-Doctor Reinaldo, venga aquí-llamó la mujer con urgencia.

Si bien no podía mover la cabeza, la doctora entró en su campo de visión por un breve momento para tomarle la temperatura. Y al verla se quedó fascinado de su singular belleza, pues era una mujer madura que rondaba los cuarenta. Sin embargo, le costó muchísimo ver las arrugas de su rostro, porque tenía pocas y su sonrisa eran tan jovial como la de una quinceañera. De no haberla visto nunca, porque reconoció que era la doctora Gertrudis, la que le diagnosticó su problema en su primera visita a la clínica, habría pensado que se trataba de una mujer de treinta años y eso le habría gustado más.

El doctor Reinaldo sí que no lo conocía. Era un hombre muy joven y de constitución esbelta. Llegó seriamente al lado de la doctora y ambos intercambiaron opiniones mirando de vez en cuando a Adolfo.

-No quiero estar así todo el tiempo-se quejó el chico con tristeza. Faltaba poco para que se echara a llorar.

-No tengas miedo, Adolfo-le dijo la doctora acercándose a su lecho-. Ya llega el equipo. No tarda.

Al tenerla cerca, Adolfo pudo percibir un ápice del olor que emanaba sus cabellos castaños, un olor a guirnaldas, del más bello perfume.

Oyó después ruido en la entrada. El equipo médico ingresaba.

La doctora Gertrudis ofreció su mano para que se lo estrechara Adolfo con la suya, y no se separó de él hasta que el dolor se volvió intenso y perdió

el conocimiento.

Capítulo 2

Al despertarse vio a su padre sentado en una silla cerca de la camilla donde descansaba. No había nadie más, pero se dio cuenta que estaba en otra habitación. Al verle recobrar el conocimiento, su padre lo abrazó fuertemente.

-¡Al fin! ¡Al fin despertaste!

Esta súbita muestra de cariño, que nunca había aprendido a manifestar, porque su padre tampoco se la ofreció, conmocionó a su hijo.

-Pero ¿qué pasó?-preguntó, desconcertado.

-Casi te nos ibas, hijo. Casi no volveríamos a verte, tu madre y yo.

-¿Hubo complicaciones?

-Sí, hijo mío, pero esos hijos de puta me la van a pagar. No saben la demanda que les pondré. Nos haremos ricos.

-Pero, ¿por qué?

-No saben utilizar un maldito bisturí, por eso. Te hicieron sangrar. Mucho. Tuvieron que hacerte transfusión de sangre o te nos ibas.

Solo en aquel instante fue consciente del gran peligro que había corrido. Pero sus pensamientos tomaron otro derrotero; había una duda que no dejaba de angustiarle.

-¿Lo solucionaron? Es decir... aquí abajo.

De repente, el hombre se echó a llorar sobre su hijo. No dejaba de lamentarse y decir que tenía toda la culpa por haberlo convencido de operarse.

-Pero ¿qué pasa?-inquirió asustado Adolfo.

Y cuando su padre se levantó y el chico alzó las sábanas de un tirón, porque percibió de pronto que estaba desnudo, vio que algo le faltaba, algo que había tenido entre las piernas.